

cia como mejor pude. Más tarde volveremos a encontrar a M. Le Verrier, porque me perdonó mi venganza, volvió al Observatorio y me recordó indirectamente lo que mis lectores tendrán ocasión de ver más adelante.

En febrero de 1870, tuvo por sucesor a su enemigo más encarnizado, Delaunay, con el cual tenía yo íntima amistad, como he dicho antes. Uno de sus primeros cuidados fué invitarme a volver al Observatorio, después de ocho años de ausencia; pero tuve que declinar esta invitación, porque mi vida había tomado una dirección un poco diferente, aun continuando consagrado a la astronomía.

## XXVII

El año terrible. — La guerra franco-alemana y el sitio de París.  
— Las causas de la guerra de 1870. — Necedad de la humanidad pretendida civilizada. — Estúpida organización social.  
— Esperanza en el porvenir.

Llegamos en nuestros recuerdos al año terrible, a la espantosa guerra de 1870, que ha dividido en dos partes desiguales y distintas la vida de todos los hombres de mi generación, y por la que debe terminar este primer volumen, ya considerable para la benévola atención de sus lectores.

Todo el mundo conoce hoy los orígenes y las responsabilidades de este irreparable desastre, que ha paralizado el tranquilo y luminoso progreso de la civilización europea, ha restablecido el antiguo y bárbaro derecho de gentes, fundado sobre la conquista, ha impuesto a los pueblos los perpetuos y ruinosos gastos del militarismo general, echado a la fosa más de cien mil hombres, sembrado duelos y ruínas cuyos efectos sentimos todavía, más de cuarenta años después, destruído diez mil millones, encarcelado dos provincias francesas como se mete un

rebaño en el redil (1), y pisoteado los derechos de la libertad humana. Si, todo el mundo sabe hoy que el autor de la guerra de 1870 fué un prusiano del nombre de Bismarck, nacido en Schoenhausen (provincia de Magdeburgo) en 1815. Pero no está quizás fuera de lugar recordar en algunas palabras esta historia.

En las Memorias de este malhechor, se lee la confesión siguiente :

« Estaba convencido de que el abismo abierto entre el sur y el norte de Alemania por las divergencias de sentimientos, de razas, de dinastías y de género de vida no podía ser más felizmente cubierto que por una guerra nacional contra el pueblo vecino, nuestro secular agresor. Estas consideraciones políticas tocantes a los Estados de la Alemania del sur podían aplicarse también a nuestras relaciones con el Hanóver, la Hesse, el Sleswig-Holstein, etc. »

Este programa de la unificación de la antigua Confederación germánica de los tratados de 1815 bajo un mismo cetro, empezado contra el Austria por el cañón de Sadowa en 1866, debía continuarse por una guerra victoriosa contra la Francia. Pero, ¿cómo llegar a obtener una guerra con un pueblo pacífico y con un soberano que, a propósito de la Exposición de 1867, había colmado de atenciones a los alemanes en general y al rey de Prusia en particular, así como

(1) Encarcelado es la palabra, en lugar de anexado. La anejió no puede efectuarse sino por consentimiento. Cuando Niza y la Saboya fueron reunidas a la Francia, en 1861, lo fué por un voto absolutamente libre de los ciudadanos. Los medios empleados por la Alemania para aplicarse la Alsacia y la Lorena no han producido nada, ni nada podían producir de eficaz.

a toda la familia de los Hohenzollern? Era preciso buscar una « querella de alemán », según la expresión proverbial.

El filósofo latino Séneca escribía hará bien pronto dos mil años : « El Rhin corre entre el mundo romano y sus enemigos; él separa de nosotros la raza germana, siempre insaciable de guerra, *avidam gentem belli*. (Cuestiones naturales, VI).

Esta mentalidad no ha cambiado. Bismarck no es su solo representante. El partido militar tiene perpetuos corifeos, y no hay más que abrir los periódicos oficiosos de Berlín o de Colonia para asegurarnos de ello. Muy recientemente aun, el 7 de octubre de 1910, cuarenta años después de las conquistas que hubieran podido satisfacer al más hambriento, Maximiliano Harden escribía a propósito de las intrigas anárquicas : « Estas agitaciones deben atribuirse a esta paz interminable. Estamos hechos para la guerra; así pues, tomemos las armas antes que sea más tarde ». Y mapas de las escuelas prusianas muestran la Alemania, no solamente con la Alsacia y la Lorena en toda propiedad, sino también con el departamento de los Vosgos y el de Meurthe-et-Moselle añadidos, en espera del resto de la Francia.

La palabra misma de *Guerra* es de origen germánico, derivándose de *guerra* y *werra*, salidos del alemán *wehr* (1).

La ocasión de enredar la madeja se presentó en

(1) Justo es hacer constar que la dinastía de los Hohenzollern sentada sobre el trono de Berlín no es belicosa. El rey de Prusia Guillermo I no hizo la guerra de 1870 sino empujado por Bismarck; su hijo, Federico III, que le sucedió, era pacifista, y el emperador actual Guillermo II lo es igualmente. Seamos justos ante todo.

enero de 1870. La reina Isabel acababa de ser destronada en España, y el director de la política española era el general Prim, ministro de la Guerra. Este país no estaba maduro para la República, y se trataba de encontrar un rey. Bismarck recogió la pelota al vuelo, cubrió de oro al general Prim, afectó en adelante por sólidos fondos secretos a los intereses alemanes, y se dijo que, contrariamente a todas las tradiciones históricas, podía arreglarse de manera a sentar un prusiano, un Hohenzollern, sobre el trono de España, y en herir así las susceptibilidades de la Francia, colocada entre dos enemigos, teniendo cuidado para esto de presentar la candidatura a la sordina. Hizo la proposición al príncipe Antonio de Hohenzollern para su hijo Leopoldo; pero el príncipe respondió que este procedimiento era contrario a todos los usos diplomáticos, que, naturalmente, la Francia no admitiría jamás una tal proposición y que podían resultar de ello graves complicaciones. En circunstancias análogas, la Francia había sido siempre consultada, así como los demás países. Luis Felipe había negado a los belgas su hijo, el duque de Nemours, para rey, por haberse opuesto a ello la Inglaterra, así como a los españoles, su hijo, el duque de Aumale, para esposo de su reina. Por la prescripción de la Rusia y de la Francia, la reina de Inglaterra había declinado el ofrecimiento de la corona de Grecia para su hijo Alfredo, etc. Había allí una tradición diplomática constante. La Francia no podía aceptar evidentemente estar asentada entre dos prusianos. El rey de Prusia, por su parte, se opuso abiertamente a esta aventura (26 de febrero de 1870).

Esta negativa de ambas partes no entraba en el plan del astuto diplomático, que, de acuerdo con Prim, hacía aceptar bastante bien la idea a los españoles por medio de una prensa asalariada. Volvió a la carga ante el rey Guillermo, y terminó por obtener de él que no diría ni sí, ni no, y dejaría hacer al príncipe Antonio y a su hijo. Pero Leopoldo se negó a todo. Sabía que la Francia no podía aceptar esta proposición, que ésta sería la fuente de complicaciones inextricables y, como estaba unido al emperador por lazos de afectuoso reconocimiento y, hombre honrado, se negó en absoluto (15 de marzo). Todo esto se hacía secretamente en Berlín, sin que nada transpirara fuera, y el emperador era tenido cuidadosamente en la ignorancia más absoluta de todos estos manejos (1).

El solo pretexto de guerra con la Francia, creado por él mismo, se escapaba de las manos de Bismarck. Durante dos meses dió vueltas y revueltas al problema, siempre en complicidad con Prim. Los españoles continuaban pidiendo un rey. La fábula de las ranas se representaba en ellos. Por último, a principios de junio obtuvo el consentimiento eventual de su candidato para el caso en que los españoles lo pidieran, y, enviando sus emisarios a Madrid, siempre en el secreto más absoluto, convino con Prim que, teniendo las Cortes el asentimiento provisional del príncipe, le proclamarían sin prevenir a la Francia,

(1) Para los detalles de la historia de la guerra, V. ÉMILE OLLIVIER, *L'Empire libéral*, tomos XIII, XIV y XV, y *Philosophie d'une guerre*; BISMARCK, *Pensées et souvenirs*; WALTER SCHULTZ, *La candidature Hohenzollern*; MORITZ BUSCH, *Tagebuchblätter*; KEUDELL, *Bismarck et sa famille*.

haciendo estallar el nombramiento como un trueno y forzando al gobierno francés a manifestar bruscamente su extrañeza y su desaprobación y a protestar a la vez contra España y contra Alemania.

Pero he aquí que, de pronto, fué descubierta la trampa. La indiscreción estalló de un golpe como un cohete, el 30 de junio, en un periódico español; el embajador de Francia en Madrid, Mercier, supo el manejo de Bismarck; en París, la *Gazette de France* del 2 de julio lo anunció y el emperador se informó al mismo tiempo por un despacho de su embajador en Madrid. Quedó estupefacto y se irritó en extremo. ¿Qué hacer?

Emilio Ollivier y todo su ministerio, engañados por Bismarck, buscaban penetrar el misterio. Lo más apremiante era hacer fracasar la intriga, porque no se quería la guerra. Nuestro ministro de Negocios extranjeros, el duque de Gramont, se puso en comunicación inmediata con nuestro embajador en Berlín, Benedetti. Pero se trataba de una fuerte partida y de los enredos del canciller, oculto entre bastidores. Al mismo tiempo empezó en Prusia una campaña de prensa sabiamente organizada. Bismarck dió por instrucción que el tono de las publicaciones oficiales y semioficiales debía ser muy reservado, para no dar presa a la censura de los gabinetes extranjeros, pero que los demás periódicos, no conocidos por estar bajo su influencia, insultaran a Francia y a su Gobierno. El exagerado patriotismo francés no se quedó atrás del de su contrario. Y después de todo ¿por qué no habría de recogerse el guante arrojado por la impertinente Alemania? Las fronteras del Rhin habían sido nuestras, y aquella era la oca-

sión de recobrarlas. *Le Pays*, periódico del Imperio dirigido por Cassagnac, declaró que era un insulto a nuestro honor nacional, y que no podíamos soportar tal humillación. ¿No valíamos pues tanto como los prusianos? Todos los periódicos, a cual más, excitaban la fibra patriótica, tan sensible entre nosotros como en otra parte y, en algunos días, la opinión pública apareció inflamada. He aquí la trampa, y nosotros caíamos en ella.

Bismarck y de Moltke, jefe de estado mayor del ejército prusiano, demuestran una alegría sin igual. Por fin han conseguido su guerra, preparada después de tanto tiempo. El lazo había dado buen resultado, y los franceses se habían dejado coger en él.

Pero el jefe del Gabinete francés, Emilio Ollivier, estaba decidido a no dejarse coger. Buscó por todos los medios negociar y, a pesar de la emperatriz, el mariscal Le Bœuf, ministro de la Guerra, el mariscal Vaillant, Bourbaki, Frossard, Faily y los partidarios de la guerra, llegó a obtener la renuncia de Leopoldo (11 de julio).

El plan de Bismarck había pues fracasado una segunda vez, y el asunto parecía arreglado. Furioso, desconcertado y desesperado, sabiendo Bismarck al mismo tiempo los pasos dados por nuestro embajador Benedetti directamente para con el rey, entonces en las aguas de Ems, para obtener su consentimiento a la renuncia de Leopoldo, escribió al rey para amenazarle con su dimisión, si continuaba recibiendo a Benedetti. Pero el rey estaba por la paz; no quería emprender una guerra a la edad de 76 años, y la reina Augusta era más contraria a ella aun. A pesar de la

amenaza de su ministro, dió su consentimiento a la renuncia del príncipe.

El emperador supo este resultado con un verdadero alivio. El embajador de Italia, Nigra, fué a Tullerías y declaró a Napoleón III que tomaba parte en su satisfacción, que aquella solución era la solución deseada, y que ella hacía desaparecer todo pretexto de guerra (12 de julio). Pero el país estaba amotinado, París estaba en ebullición, aclamaba al emperador en sus trayectos diarios entre París y Saint-Cloud, y el soberano vacilaba.

Al llegar a Saint-Cloud, después de su sesión en las Tullerías, el emperador anunció que todo estaba arreglado, pero la noticia cayó en un medio sobreexcitado. La emperatriz dijo que era una vergüenza y que era preciso poner alto el prestigio de la Francia después de la humillación sufrida; el mariscal Le Bœuf afirmó que estábamos preparados y dispuestos, el general Bourbaki declaró que teníamos ocho probabilidades sobre diez y que no podíamos ir en contra de la corriente de la opinión pública, que él no podía ser un cobarde, y sacando la espada y poniéndola sobre el billar, dijo al emperador: « Puesto que es así, me niego a seguir siendo militar ». Ya el almirante Rigaud de Genouilly, ministro de Marina, había presentado su cartera al emperador diciéndole: « ¡A tomar o a dejar! ». En el Cuerpo legislativo y en los periódicos se hacía oír que habíamos sido engañados, que no existía ninguna garantía para el porvenir y que era preciso exigirla al rey de Prusia; el partido de la guerra iba desarrollándose de hora en hora, se mostró a la Francia menospreciada desde Sadowa, se escarneció al anciano rey de Prusia y

sobre todo al príncipe Antonio de Hohenzollern, al que no se le llamaba más que « el tío Antonio ». Intimidado a satisfacer a todo el mundo, el emperador empleó toda la noche del 12 al 13 en hacer dar órdenes a Benedetti para obtener del rey la promesa de que si la candidatura Hohenzollern al trono de España se renovaba en el porvenir, se opondría a ello en calidad de jefe de familia y de rey. El rey hizo responder a Benedetti que, habiendo desistido el príncipe Leopoldo por orden expresa de su padre, y que habiendo dado él mismo su aprobación al desistimiento del príncipe, consideraba la cuestión como terminada y deseaba que no volviera a hablársele más del asunto; que por consecuencia, después de tres conversaciones sobre el particular, era inútil que nuestro embajador insistiera más. Pero Benedetti volvió a la carga para obtener la promesa de garantía reclamada por el emperador. Fatigado de estas obsesiones, el rey, que tenía junto a él tres agentes de Bismarck, Abeken, Eulenburg y Camphausen, les encargó de dirigir un telegrama a Bismarck, dejándole el cuidado de examinar la nueva pretensión de Francia. El telegrama, fechado en Ems, el 13 de julio a las 3 y 40, hacía decir al rey que el conde Benedetti le había *parado en el paseo*, lo cual era falso, porque el mismo rey había ido al encuentro del embajador; dicho telegrama pasó en silencio la bondad demostrada siempre por el soberano en este asunto, y hacía suponer que el rey no sólo no había concedido nada sobre las peticiones de la Francia relativas al desistimiento, sino que se había negado a dar garantías para el porvenir. Además añadía: « Su Majestad encarga a Vucencia del cuidado de

decidir si la nueva pretensión del conde Benedetti y la negativa que le ha sido opuesta deben ser comunicadas a nuestros ministros en el extranjero, así como a la prensa ».

Debemos decir con M. Emilio Ollivier, que esta autorización de publicidad constituye un acto de improbidad diplomática, porque mientras dura una negociación, debe guardarse escrupulosamente el secreto de sus peripecias, y era conveniente esperar la respuesta que sería dada a esta negativa. Pero el negocio se ponía en manos del canciller, y esto era lo que él quería.

Inmediatamente que se recibió este telegrama en Berlín, Bismarck consultó a Moltke, diciéndole si estaba dispuesto a entrar en campaña. El comandante en jefe de los ejércitos despertó de su entorpecimiento y exclamó « ¡EN FIN! » No había comido ni bebido desde la víspera, pidió varios litros de cerveza, se frotó las manos y cantó victoria. « Pues bien, exclamó Bismarck a su vez, no perdamos tiempo, y manos a la obra ». Y sentándose al lado de una mesita que allí había, redactó el telegrama siguiente :

« Cuando la noticia de la renuncia del príncipe hereditario de Hohenzollern fué comunicada por el gobierno español al gobierno francés, el embajador francés pidió a Su Majestad el Rey, en Ems, le autorizara a telegrafiar a París que Su Majestad se comprometía para el tiempo por venir a no dar jamás su consentimiento si los Hohenzollern volvían a presentar su candidatura. A esto, Su Majestad se negó a recibir de nuevo al embajador francés, y envió a un ayudante para decirle que Su Majestad no tenía nada más que comunicarle ».

Este laconismo suprimía toda traza de las conver-

saciones del rey con nuestro embajador y proclamaba una negativa brutal sin transición y sin explicación. No decía si después de una serie de entrevistas fué cuando el rey se negó a continuar una discusión que había llegado a ser inútil, puesto que lo principal había sido concedido, y, en lugar de ser presentada como la consecuencia accesoria de una disertación agotada, esta negativa se consideraba como esencial. Esta falsificación del telegrama Abeken, ya inexacto en sí mismo, resumía todas estas conversaciones diplomáticas en esto : « El rey de Prusia se ha negado a recibir al embajador de Francia ».

Y Bismarck hizo enviar inmediatamente esta nota a todas las embajadas. La hizo imprimir especialmente y fijarla en los sitios públicos de Berlín. El fuego se puso junto a la pólvora. Todo el pueblo se levantó y gritó ¡a las armas! ¡ Abajo la Francia! El telegrama llegó casi al mismo tiempo a París, e inflamó todos los cerebros.

Podríamos quizás extrañarnos de la audacia de Bismarck si no se conociera al hombre, y si no recordáramos sus antecedentes con ocasión de la toma de las provincias danesas y de su guerra con el Austria. Después del asunto de los ducados, nuestro embajador, el marqués de Talleyrand, buscaba la ocasión para manifestar una desaprobación. « No se moleste usted, le replicaba el conquistador, no hay más que mi rey que crea que he sido honrado ».

No decidiéndose todavía el ministerio francés a declarar la guerra, los periódicos le llamaban « el ministerio de la vergüenza ». Había recibido el telegrama de Benedetti exponiendo que el rey aprobaba el desistimiento del príncipe al trono de España,

pero que se negaba a comprometerse para el porvenir. El ministerio pensaba aún que podía contentarse la Francia con esta solución, y había resuelto presentar esta declaración el 14 al Cuerpo legislativo, cuando, ante la exasperación de París, en levantamiento popular, ante las protestas de la Cámara, ante las declaraciones del partido de la guerra y ante el hecho de la comunicación del gobierno prusiano a los gabinetes extranjeros, todos los miembros del Consejo fueron de opinión que no había más remedio que hacerse el sordo y retroceder. La discusión duró seis horas. El 15 de julio fué leída la declaración de guerra por el jefe del Gabinete Emilio Ollivier. La Cámara y el Senado, subidos a la altura de la sobreexcitación general, aplaudieron con un entusiasmo indescriptible. Algunos prudentes tan sólo, especialmente Thiers, protestaron aún contra aquella torpeza.

Una desgraciada palabra se le escapó a Emilio Ollivier. Después de haber expuesto su dolor por haberse visto obligado a soportar aquella pesada obligación, añadió que aceptaba aquella responsabilidad con un « corazón ligero », queriendo decir que él no era realmente responsable de aquella decepción. Jamás se le ha perdonado esta frase, a pesar de las explicaciones que dió sobre ella; se hubiera podido ser indulgente y pensar que después de ocho días y ocho noches de lucha perpetua, una expresión impropia puede escapar muy bien de los labios de un orador.

Esta declaración de guerra era lo que Bismarck quería; ya había tomado sus precauciones con las potencias: era preciso que apareciera que ella procedía de nuestra parte y que todos los errores se ha-

bían cometido en París, a fin de impedir toda alianza con nosotros. El maligno diplomático había conseguido enteramente su objeto.

París estaba literalmente exasperado. El que no vió la tumultuosa capital durante las jornadas del 13, 14, 15 y 16 de julio, no ha visto nada. No se puede formar una idea de aquella efervescencia. La *Marseillesa*, el *Chant du Départ* y los *Girondinos* eran cantados por todas las calles por bandas de patriotas exaltados, y tan compactos eran los grupos que era imposible avanzar de un punto a otro. Nadie se había quedado en su casa; todo el mundo andaba por las calles. Yo había seguido con atención las discusiones políticas desde hacía quince días y, cuando supe el desistimiento del príncipe, había respirado, porque me parecía que desapareciendo la causa del conflicto, el efecto debía desaparecer también. Cuando los periódicos anunciaron que el emperador pedía al rey de Prusia que se comprometiera para el porvenir, este acto de aberración me dejó estupefacto; esto era evidentemente hacer el juego en favor de Bismarck y ciegamente inexplicable de parte de un soberano que, a pesar del ministerio constitucional del 2 de enero, se había reservado el derecho de declarar la guerra. Pero Napoleón III vacilaba constantemente entre influencias diversas, y tenía que soportar la influencia de Cassagnac, de Jerónimo David, de la emperatriz y del mariscal Le Bœuf, todos ardientes y ciegos partidarios de la guerra. Por otra parte, no hubiera podido ir contra la corriente del furor popular excitado por los manejos de Bismarck. París era un brasero. En la tarde 15 de julio, fué absolutamente necesario que el emperador saliera al

balcón de Tullerías que daba sobre la rue de Rivoli, y recibir las aclamaciones múltiples y feroces de *¡Viva el Emperador!* que se elevaban hasta las nubes. Como dejo dicho, yo habitaba en las inmediaciones, rue des Moineaux. Habiendo salido con mi amigo H. Barnout, hacia las nueve de la noche, para acompañarle a su casa, plaza de Saint-Georges, nos vimos detenidos, al final de la rue Grammont, al llegar al boulevard des Italiens, por la imposibilidad absoluta de atravesarlo. Un verdadero muro viviente lo interceptaba; con cantos y gritos formidables; las voces que más claras se oían eran: *¡A Berlín! ¡A Berlín! ¡A Berlín!* o también: *¡Abajo Thiers! ¡Abajo Thiers! ¡Abajo Thiers!*. Yo no pude por menos de decir bastante alto a mi compañero: *¡ESTAN LOCOS!* Pero alguno que me había oído gritó: « *¡Aquí hay prusianos!* » No quisimos oír más, y, perdidos entre la multitud hicimos girar los talones más que de prisa. Sí, teníamos ante nuestra vista el espectáculo de una inmensa y lamentable locura, inconsciente como todas las locuras. El pueblo es un rebaño ciego e irresponsable.

Todos saben lo demás. El ejército prusiano estaba preparado para la guerra; el nuestro no lo estaba ni podía estarlo, puesto que habíamos sido sorprendidos. El plan estaba formado desde hacía mucho tiempo por el estado mayor prusiano, los mapas estaban en manos de los jefes y no tenían más que marchar adelante. Nosotros habíamos sido cogidos de improviso, nuestros oficiales no tenían mapas y algunos a quienes se les dieron, no sabían leerlos y tomaban las alturas por valles. En Fröschwiller, entre otros, mi futuro cuñado, el capitán Pétiaux, que

fué herido allí casi mortalmente, quedó estupefacto al recibir la orden de descender la cuesta para entregarse a la metralla del enemigo que vino inmediatamente a ocupar la altura abandonada. El emperador había querido dirigir por sí mismo las operaciones, pero no podía, abatido por la cruel enfermedad de la piedra, incapaz de tenerse a caballo, esperando una alianza del Austria y de Italia y esperándola en vano desde el 15 de julio hasta el 2 de agosto, fecha extrema en que las primeras escaramuzas tenían que efectuarse en la frontera de Sarrebrück, no decidiéndose a invadir la Alemania ante la cual estacionaba el ejército (1), diseminado en una extensión de 265 kilómetros, de Thionville a Belfort, y dejando a los alemanes el tiempo de concentrarse, y no teniendo, en fin, ninguna de las cualidades indispensables a un general en jefe: la salud, la fuerza moral y la decisión. Se conocen sus discusiones con MacMahon, que no tenía ninguna confianza en sus cálculos estratégicos, y las rivalidades de nuestros generales entre sí. Desastre sobre desastre, el ejército se vió obligado a retroceder hacia una verdadera ratonera, hacia Sedán, donde era imposible no sucumbir. La guerra de 1870 fué dirigida por el estado mayor francés con principios diametralmente opuestos a los de Napoleón, sin ningún plan estratégico y sin unidad de mando.

El conde de Bismarck, llegado a ser príncipe por aquella guerra, fué un « gran hombre », y sus esta-

(1) El ejército no podía organizarse sino lentamente y con inexpediencia. Mi amigo Manuel Vauchez se alistó con pasión: se le incorporó á los zuavos y se le envió a Argel para equiparlo allí!



tuas de bronce llenan la Alemania, como las de su rey Guillermo, proclamado, gracias a él, emperador en Versalles, en los salones de Luis XIV. La Francia perdió dos provincias, cinco mil millones de rescate pagados en oro (1), una misma suma de gastos causados por la guerra, y, desde hace cuarenta años quinientos millones por año para el entretenimiento de fuerzas militares. Es difícil al pensador no reflexionar algunas veces sobre el estado mental de la humanidad terrestre. Evitar caer en un lazo bismarckiano hubiera parecido una cobardía, en lugar de parecer una maniobra inteligente. Inmediatamente después de la guerra, he escrito un libro titulado *Historia de un planeta extravagante que gravita entre Marte y Venus*, pero no lo he publicado jamás, porque es antipatriótico. Sobre este mundo extravagante, el puñetazo es el argumento esencial, y « la Fuerza domina al Derecho », como lo ha repetido el brutal canciller de hierro al cándido y honrado Julio Favre, que vertía lágrimas sobre la pérdida de Estrasburgo y de Metz, estas dos hijas queridas de la Francia.

Imaginándose agregarse la Alsacia y la Lorena por el derecho del más fuerte, el gobierno prusiano ha cometido un formidable error diplomático, expresado por el caricaturista Cham. En efecto, es una

(1) El oro vale 3 francos el gramo (3 fr. 2258); el kilogramo de oro vale 3,225'8 fr. Diez francos pesan 3 gr. 2258; veinte francos, 6 gr. 4514; cien francos, 32 gr. 258; mil francos, 322 gr. 50; un millón, 322 kilogr. 580; mil millones, 322 kilogr. 580, y cinco mil millones, 1.612.900 kilogramos, es decir *más de millón y medio de kilos de oro* que nuestros furgones tuvieron que transportar a Berlín en 1873. Nosotros pagamos cada año los intereses al presupuesto.

verdadera bala rasa que la Prusia se ha atado al pie.

Pero nuestras derrotas se sucedieron sin descanso : Woert-Reischoffen (6 de agosto), dió por re-



La Prusia se amarra la Alsacia.

sultado, de ambas partes, 10.000 muertos y dejó en poder de los prusianos 6.000 prisioneros, 6 ametralladoras, 35 cañones y los bagajes del comandante en jefe (Mac-Mahón); Sedán (1º de septiembre) con todo el ejército del Este, el emperador y 80.000 prisioneros, 25.000 muertos y heridos de nuestra parte, otros tantos alemanes, 184 piezas de plaza, 350 piezas de

campana, 70 ametralladoras, 12.000 caballos y un inmenso material de guerra; rendición de Estrasburgo después de una heroica resistencia, a un salvaje bombardeo (28 de septiembre); capitulación de Metz, en la que el mariscal Bazaine entregó al enemigo 1.665 cañones, 8.922 afustes, 3.230.225 proyectiles, 419.285 kilos de pólvora, 278.339 fusiles, 22.984.859 cartuchos, todo esto con la bella ciudad y sus fuertes y lo que quedaba del ejército, del que 30.000 hombres habían sido puestos fuera de combate en las batallas de Gravelotte y de Saint-Privat.

La guerra de 1870 ha sido una de las más bárbaras y de las más salvajes que hayan existido. Ni aun los habitantes podían defenderse en sus casas. No lejos de Chaumont, un grupo de franco-tiradores fué cogido y fusilado sin ninguna forma de proceso; otro que, perseguido, se había refugiado en los árboles de un pequeño bosque, fué hecho descender como ardillas, a tiros y pasado a cuchillo. ¿Quién puede haber olvidado el episodio de Bazeilles, tomado por los bávaros, después de una resistencia encarnizada? Aquellos alemanes mataron sin piedad todo lo que se les puso por delante: mujeres, niños, ancianos, nada fué perdonado. Niños pequeños tuvieron la cabeza destrozada contra los muros; el pueblo fué incendiado y desgraciadas mujeres huyendo del fuego, eran echadas a culatazos en medio de las llamas. Después de aquella espantosa hecatombe, los bávaros encontraron aún habitantes que habían sobrevivido a la matanza, los llevaron detrás del pueblo y, sin distinción de edad ni sexo, los fusilaron sin piedad a pesar de sus lágrimas y sus súplicas.

Estos hechos fueron desmentidos por el coman-

dante en jefe, el general Von der Tann, tan impostor como sus amos; pero la verdad fué restablecida por el capellán del 17º cuerpo de ejército, el cura Domenech. Oficiales alemanes, más amigos de la verdad, los reconocieron como verídicos, declarando que los habían ejecutado « en virtud de los derechos de la Guerra ».

Los vencedores herían desde entonces el suelo de la Francia con sus rudos talones.

Por etapas sucesivas, y poco embarazadas, los alemanes llegaron a bloquear a París. Todos los habitantes de la gran ciudad, que estaban constituidos en guardias nacionales, fueron encargados de la defensa y asociados a los soldados. Cada uno se ingenió lo mejor que pudo para hacerse útil. Se sabe que los ensayos de resistencia hechos alrededor de las fortificaciones, hasta las posiciones alemanas, fueron tan estériles como las batallas precedentes.

Yo me encontraba asimilado a ingenieros.

Mi sabio amigo, el coronel Laussedat, que fué después director del Conservatorio de Artes y Oficios y miembro del Instituto, había organizado un servicio de observaciones del cerco prusiano. Un puesto instalado en el sector de Passy, en el castillo de la Muette, debía vigilar el oeste de París, especialmente las alturas de Saint-Cloud, de Sèvres y de Meudon. Estábamos allí cinco observadores, transformados en oficiales de ingenieros; yo era capitán, Paul Henry teniente y Prosper Henry subteniente. Paul y Prosper Henry, astrónomos del Observatorio de París, habían tenido, naturalmente, que interrumpir sus servicios: la tierra era entonces más importante que el cielo. Otros dos compañeros pertenecían, el uno al